

# VERÓNICA

Versión Ilustrada  
¿Celos o lujuria?

24 páginas ilustradas  
a todo color

---

## Capítulo II

Dantes

Ilustrado por Toelius



[relatosdantes.com](http://relatosdantes.com)

# VERÓNICA

NOVELA ILUSTRADA

CAPÍTULO 2

Dantes

Ilustrada por:

Toelius

Consigue más capítulos de esta saga y otros grandes relatos en:

[www.relatosdantes.com](http://www.relatosdantes.com)

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito de su autor.  
Todos los derechos reservados.

Novela Ilustrada

Título original: Verónica, Capítulo 2 de saga Verónica, Celos o Lujuria.

Dantes

Ilustrado por: Toelius

Publicado originalmente en [www.relatosdantes.com](http://www.relatosdantes.com)

2022

# VERÓNICA

## CAPÍTULO 2

*Mi historia acaba de empezar, ni siquiera les he contado aún cómo terminó esa noche, pero estoy seguro de que ya se podrán imaginar la carga de culpa que invade mi conciencia. La diferencia de intensidad entre el limpio placer de gozar a mi mujer en la privacidad de nuestra cama, como cualquier matrimonio normal, y el insano goce que sentí al potenciar mi excitación con las sucias confesiones de Verónica, es simplemente abismal. Ustedes dirán que solo fue el gusto de probar algo nuevo, diferente a todo lo que estábamos acostumbrados en nuestra tradicional intimidad; y yo estaría totalmente de acuerdo... si no fuera por la inquietante necesidad de volver a probarlo; un deseo que, tanto mi preciosa cómplice como yo, nos vemos imposibilitados de reprimir. A estas alturas me siento un esclavo de su nueva personalidad. Si bien ambos estamos en libertad de imaginar y crear estas fantasías, mentiría si dijera que yo mantengo el ritmo del juego; es Verónica quién me vive sorprendiendo, manteniéndome en un mundo ajeno a la realidad, en el límite entre la ira de un hombre víctima de la infidelidad del amor de su vida y la potenciada lujuria de un títere carnal obsesionado por el macabro placer de su querida titiritera.*

Verónica estuvo congelada unos segundos ahí en la puerta de la cocina. Traía la mochila de Tomás colgada al hombro y un par de peluches en sus manos. Las turbias sospechas que me invadían hicieron que la viera aún más hermosa enfundada en aquel ceñido vestido. Su maquillaje estaba corrido y sus ojos algo llorosos.

—Ay, hija. ¿Qué te pasó? —preguntó su madre.

Yo no necesitaba escuchar ninguna respuesta. Estaba a punto de levantarme, subir al segundo piso y descargar mi rabia sobre el maldito de Ramón cuando Verónica me detuvo.

—No es nada, mamá. Entre a tu dormitorio a oscuras y me pegué que rodillazo en el mueble. Me sacó hasta lagrimas —le explicó.

Mi suegra le recriminó lo distraída que era, se levantó y le dio un abrazo de consuelo. Ellas siempre habían sido muy unidas y querendonas. Me pregunté qué pensaría Gladys si supiera que yo casi había dejado que violaran a su tierna hija; si se enterara que había permitido a un pobre vago ver y tocar las partes más íntimas del cuerpo de mi propia esposa, mientras la mantenía casi asfixiada con mi verga que, rociando semen a desmadre, se clavaba hasta lo más profundo de su garganta.

Tomás ya estaba mucho más tranquilo y casi dormitaba cuando lo dejé en el auto. Verónica se despidió de su madre y nos fuimos. En el trayecto ella guardó silencio; yo tampoco quise decir nada, no quería despertar a mi hijo y menos con las palabras hirientes y llenas de enojo que estaba seguro no sería capaz de reprimir. Busqué su mirada durante todo el camino, esperando encontrar un atisbo de esperanza en aquel mar de malos presagios, pero ella me evitó, con la vista perdida en lo profundo de la noche.

Cuando llegamos a casa me pidió que me encargara de bajar a Tomás y salió del auto. A través del parabrisas vi como raudamente abría la puerta principal y se escabullía en la seguridad de nuestro hogar. Sentí una pesada culpa al comprender que lo experimentado por Verónica sin lugar a dudas sería mucho más duro de soportar para ella. En ese momento no sabía si su confesión, acerca de lo que había pasado en el restaurante, era cierta o un elaborado cuento para calentarme; lo único que sabía con certeza era que yo me había dejado llevar y permitido a un mugriento extraño tocar sus carnes, desnudas y acicaladas para nuestra noche especial. ¿Y si efectivamente la historia del restaurante era un juego?, eso me convertía en el imbécil más grande del mundo. De pronto me di cuenta del tremendo error que había cometido.

Entré a la casa con mi hijo en brazos. Caminé por el pasillo a su habitación y escuché el sonido de la regadera desde nuestro baño. Seguramente Verónica restregaba jabón en sus nalgas para limpiar hasta la última partícula de mugre que dejara el manoseo de aquel tipo. Lamenté el significado de aquella ducha: la noche de placer se había terminado. El portaligas de encaje que debía uniformar su cuerpo hasta el amanecer, en

ese momento debía estar tirado junto a la tina, muy posiblemente sentenciado a la basura por su angustiada dueña.

Temí no tener el valor de mirarla a la cara, ni pensar en preguntarle por lo que había pasado en el dormitorio de su madre, donde había estado perdida por más de media hora con su padrastro, Ramón.

Dejé durmiendo a Tomás y volví por las demás cosas al auto, cerré todo como era mi costumbre antes de irme a dormir. Aún sentía el agua correr cuando me encaminé al gabinete donde guardábamos el alcohol, saqué un vaso y me serví varios tragos de whisky. Me armé de coraje y fui a nuestra habitación. Estaba decidido a pedirle perdón, le explicaría que me había dejado llevar más allá de la cuenta y le rogaría que me dijera que me continuaba amando como siempre. Ya no escuché la regadera, pensé que estaría envuelta en una toalla secándose junto a la cama, pero no fue así, aún estaba encerrada en el baño.

—¿Estás bien? —le pregunté pegado a la puerta.

—Sí, no pasa nada —me respondió—. Acuéstate, ya voy.

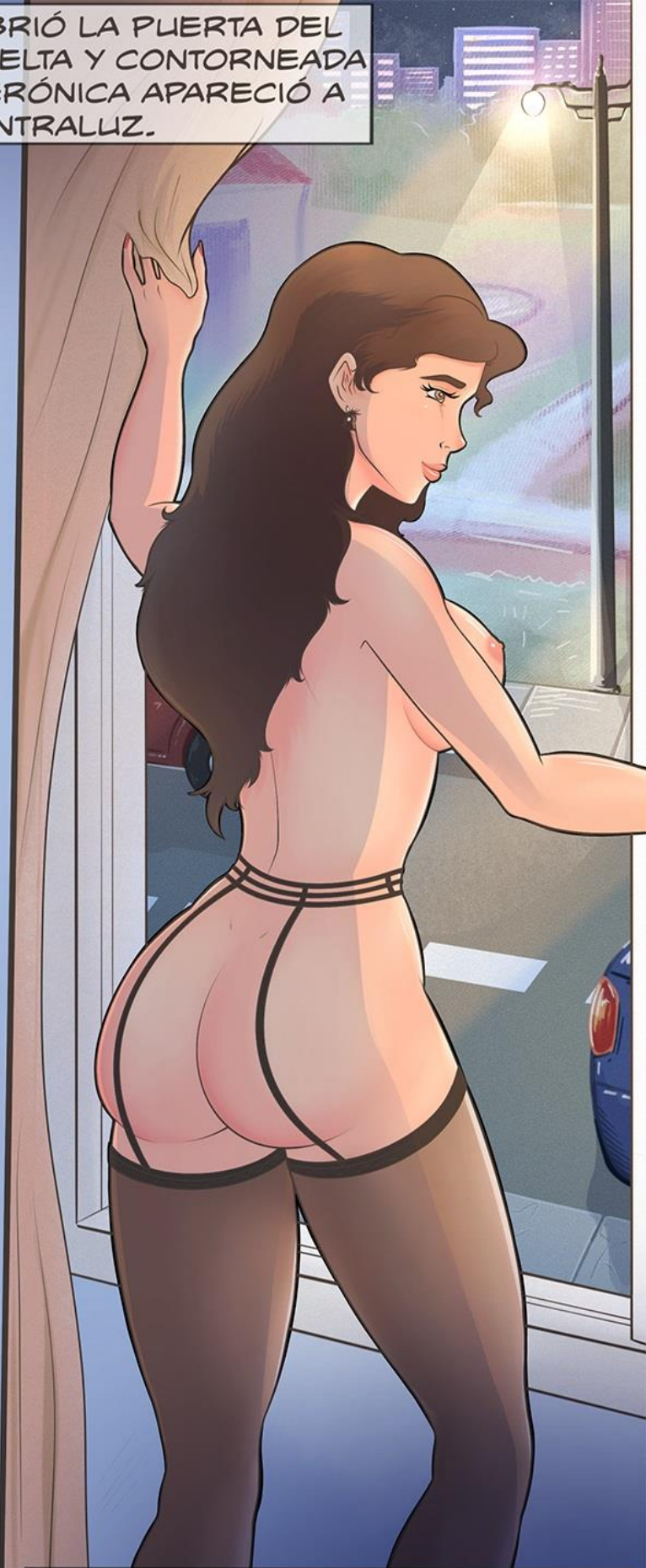
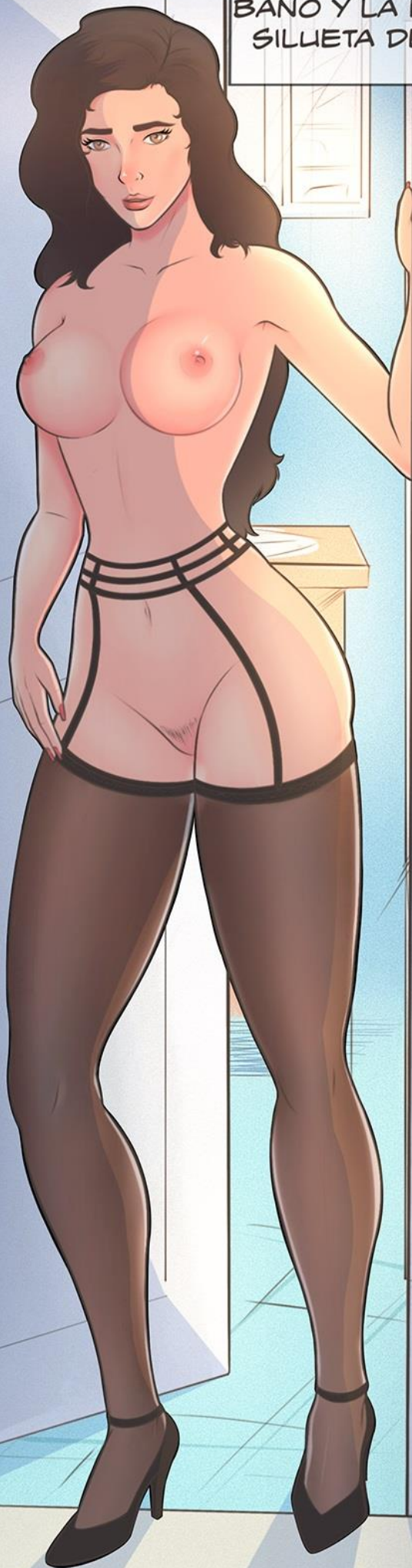
Le hice caso, me saqué la ropa y me metí a la cama en slip y camiseta de dormir. Se me ocurrió que yo también necesitaba una ducha, pero quería hablar con ella antes que se durmiera o se hiciera la dormida, así que descarté la idea. Pasaron algunos minutos que se me hicieron eternos, la incertidumbre acerca del estado anímico de mi adorada Verónica me tenía muy preocupado; ansiaba hablar con ella y decirle que el único responsable de lo que había pasado esa noche era yo, que ella no tenía que sentir ninguna culpa.

La habitación estaba en penumbras. Solo se distinguía el marco de luz de la puerta del baño y las cortinas iluminadas por la luz de fuera, la que no apagábamos hasta que nos disponíamos a dormir.

Por fin se abrió la puerta del baño y la esbelta y contorneada silueta de Verónica apareció a contraluz. El destello de la iluminación me cegó por un segundo hasta que ella cerró la puerta tras de sí. Cuando mis ojos volvieron a acostumbrarse a la oscuridad me quedé sorprendido al verla. Llevaba puesto el portaligas y las medias brillantes; también se había vuelto a poner sus tacos altos; y con sensuales movimientos, muy similares a los que usó para humillar a la chica del buzón, se encaminó al ventanal de nuestra



POR FIN SE ABRIÓ LA PUERTA DEL BAÑO Y LA ESBELTA Y CONTORNEADA SILUETA DE VERÓNICA APARECIÓ A CONTRALUZ.



ME SORPRENDÍ AL VERLA PARADA AHÍ EN MEDIO DEL LUMBRAL LUMINOSO DEL VENTANAL, APENAS VESTIDA EN ESE JUEGO DE LIGAS, CON SUS PECHOS AL AIRE Y SIN CALZONES.

habitación. Con ambas manos abrió las cortinas en un brusco movimiento, consiguiendo iluminar su cuerpo semidesnudo.

Verónica siempre fue muy recatada con nuestra intimidad. Nunca hacíamos el amor con las cortinas descorridas, ella temía que alguien pudiera vernos; el temor de ser observada por un voyerista no la dejaba desenvolverse con confianza y yo le encontraba toda la razón, pues estaba convencido que mi hermosa mujer era la fantasía erótica de varios vecinos. Por eso mi sorpresa al verla parada ahí en medio del umbral luminoso del ventanal, apenas vestida con ese juego de ligas, con sus pechos al aire y sin calzones. La sombra que sus pechos formaban sobre su piel era espléndida y el delicado brillo de sus escasos vellos púbicos era sublime.

Estuvo parada mirando hacia afuera unos segundos. Había apoyado sus manos en su cintura y cambiaba el apoyo de su cuerpo lentamente de una pierna a otra en una extraña combinación de modelaje y baile. Luego se dio vuelta, dejando que cualquier posible fisgón disfrutara de las exquisitas formas de su trasero. Recuerdo que en ese momento pensé que, si todos mis temores eran ciertos, ese succulento pedazo de culo ya había sido manoseado por otros cuatro hombres que no tenían ningún derecho a gozarlo.

De pronto, Verónica volvió a caminar con ese felino y provocativo movimiento; rodeó la cama, se acostó a mi lado y se apoyó en sus codos para quedar mirándome con la cola en pompa apuntando al techo. No pude contenerme y fui a agarrarle el culo, pero me lo negó.

—No..., no merezco tus caricias —me dijo al apartar sus caderas.

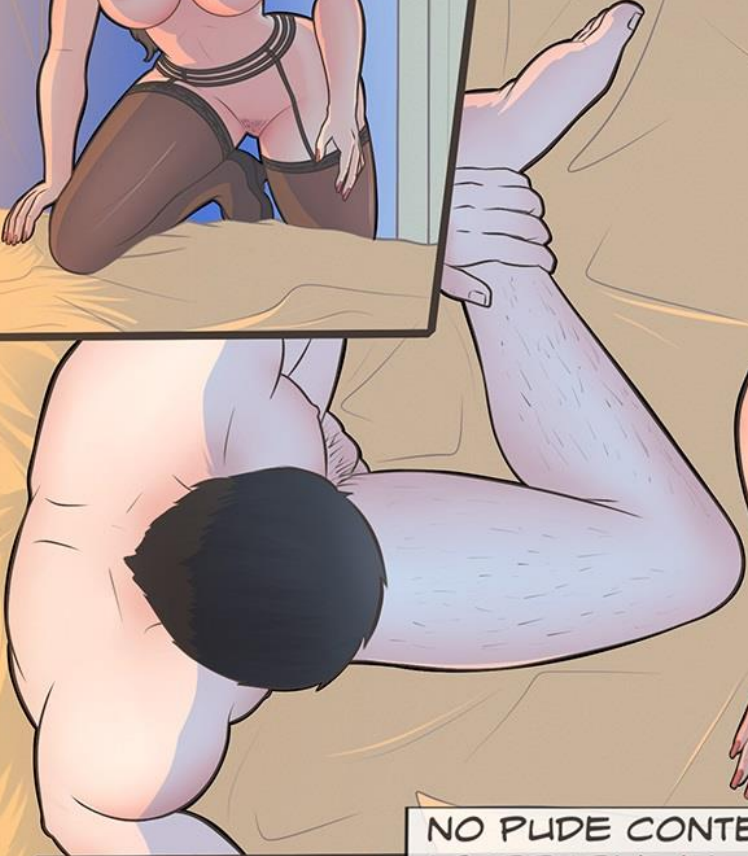
La habitación seguía apenas iluminada; todo eran sombras y el silencio apenas era alterado por los escasos sonidos de la noche, la atmosfera estaba cargada de misterio, convirtiendo el espacio en un perfecto y erótico confesionario.

—No digas eso, mi amor. Fue mi culpa, no debí dejar que ese hombre te tocara —me desahugué al fin.

—No, Daniel —susurró acongojada—. Eso apenas fue un pequeño castigo por haberme dejado penetrar por ese desgraciado mesero y el viejo verde de su jefe.



RODEÓ LA CAMA, SE ACOSTÓ A MI LADO Y SE APOYÓ EN SUS CODOS PARA QUEDAR MIRÁNDOME CON LA COLA EN POMPA APUNTANDO AL TECHO.



NO PUDE CONTENERME Y FUI A AGARRARLE EL CULO, PERO ME LO NEGÓ.



NO..., NO MEREZCO TUS CARICIAS.

Me quedé pasmado, ¿aquello era un juego o simplemente la terrible verdad? El rostro de Verónica denotaba sufrimiento; sus ojos parecían apenados, pero brillaban con ese ímpetu lujurioso que tanto conocía. Desvié la mirada de su tierno rostro y me quedé observando como meneaba delicadamente su apetitosa cola. Sentí la presión de mi verga bajo la sabana y entendí que, sin importar a donde me condujera todo aquello, debía seguir adelante, convencido de que todo había sucedido en realidad. Dejé que la rabia potenciara mi calentura.

—Creí que todo era inventado —le aseguré con una dura mirada.

—Daniel, ese maldito mesero me abrió las piernas y me la metió toda. Sentí su cosa dura dentro de mi cuerpo, mientras ese viejo me obligaba a chupársela —confesó en voz baja, sacando su lengua como si relamiera el recuerdo.

—¡Putá! —le dije en voz alta, rompiendo los susurros de su revelación—. ¿En qué estabas pensando?

—No lo sé. Ellos me deseaban y yo estaba ahí, sola...

—Pero yo no tardaría en volver, ¿por qué no me esperaste afuera? —le reproché, desesperado.

—Lo siento, Daniel, lo siento, pero él me tomó de la mano y me llevó... lo siento, quería que me siguiera mirando así... con cara de pura calentura. No sabía, no quería que pasara nada más, te lo juró.

—¡Pero te culearon! —le enrostré—. Y no solo eso, sino que también se la chupaste al maricón ese, ¿o no?

Verónica desvió la mirada en un arranque de vergüenza.

—Se la chupaste, ¿o no? —insistí.

Volvió a mirarme; me di cuenta de que sus dolidos ojos habían rebalsado una lagrima que corría por su mejilla.

—Sí, Daniel, es verdad que se la chupé —me confesó—. Me puso su apestosa pichula en la cara y me la metí en la boca, la tenía pasada a mi propia zorra... Y te digo más..., me calentó tragarme la verga del extraño que me violó.

Me quedé concentrado en su expresión. Sus palabras estaban cargadas de indignación, en parte hacia mí por obligarla a hablar y en parte hacia ella por admitir que había sentido placer con aquella insana felación.





¡¡PUTA!!  
¡TE CULEARON! Y TAMBIÉN  
SE LA CHUPASTE AL  
MARICÓN ESE, ¿O NO?

¿AQUELLO ERA UN JUEGO O SIMPLEMENTE LA  
TERRIBLE VERDAD? EL ROSTRO DE VERÓNICA  
DENOTABA SUFRIMIENTO, SUS OJOS PARECÍAN  
APENADOS PERO BRILLABAN CON ESE ÍMPETU  
LUTURIOSO QUE TANTO CONOCÍA.

Ya no aguanté y volví a estirar mi mano para cazar su respingado culo. Esta vez no se apartó, señal incuestionable que pese a cualquier reproche necesitaba calmar sus insanos deseos.

Abordé toda su firme carne, amasando con dureza la portentosa nalga. La apreté fuerte, sin misericordia. Me sorprendió que no me reclamara, nunca me había dejado magrearla con esa intensidad, pero no dijo nada, solo soltó angustiados grititos de dolor cuando le apretaba con fuerza y la palmeaba con violencia. El delicioso sonido del palmazo sobre su culo, seguido del impactante y agudo quejido de dolor, me calentaron en una forma vil e irracional.

—¡Ayy! —exclamaba después de un estruendoso cachetazo.

—¡Te lo mereces! —le decía.

—¡Ayy!

—¡Por zorra!

—Debiste... dejarlo, Daniel —dijo de pronto entre angustiados jadeos—, debiste dejarlo que me sacara del auto.

Entendí que se refería al vago que había dejado que la tocara. Dejé de golpearla y la miré para que continuara, quería saber que tenía que decir acerca de eso. Sus ojos irradiaban deseo y congoja al mismo tiempo.

—Debiste dejarlo que me llevara al asiento trasero... Debiste obligarme a lamerle sus hediondas bolas como castigo...

Le volví a pegar un tremendo palmazo en el cachete parado.

—¡Ay!... Debiste obligarme a pegarme a su mugriento cuerpo y recibir su apestosa lengua en mi boca... ¡Ay!... Debiste dejar que me hiciera suya frente a ti... ¡Ay!... Debiste obligarme a dejarlo meter su pico donde nunca te he dejado meterlo a ti.

Eso me dolió. Era verdad, Verónica nunca me había dejado metérsela por detrás. Tan reticente era que apenas le insinuaba algo, como el contacto de mis dedos contra su ano, me apartaba en el acto, diciéndome que ella no era de esas mujeres.

Iracundo y caliente como estaba, no dudé en llevar mis dedos al encuentro de sus nalgas y recorrí la excitante raja hasta que me encontré con su inexplorada cavidad anal. No me apartó, sino que paro ligeramente la cola invitándome a continuar. Definitivamente estaba irreconocible, no





¡TE LO MERECEES!  
¡POR ZORRA!

DEBISTE DEJAR  
QUE ME LA METIERA  
POR DONDE NUNCA  
TE HE DEJADO A TI.

¡PLAFF!

ENTENDÍ QUE SE REFERÍA AL VAGO QUE HABÍA  
DEJADO QUE LA TOCARA. SUS OJOS IRRADIABAN  
DESEO Y CONGOJA AL MISMO TIEMPO.

VERÓNICA NUNCA ME HABÍA DEJADO METÉRSELA POR DETRÁS...



IRACUNDO Y CALIENTE COMO ESTABA, NO DUDÉ EN LLEVAR MIS DEDOS AL ENCUENTRO DE SUS NALGAS Y RECORRÍ LA EXCITANTE RAJA HASTA QUE ME ENCONTRÉ CON SU INEXPLORADA CAVIDAD ANAL.

¡¡QUÉÉÉÉ!!

LO SIENTO, DANIEL. MI CHIQUITITO YA NO ES VIRGEN...



...¡RAMÓN!, MI PADRASTRO... FUE ÉL, RAMÓN ME ROMPIÓ EL CULO EN LA CAMA DE MI MADRE.

parecía mi mujer; Sin embargo, lejos de preocuparme, egoístamente me aproveché y sin importar el daño que le hiciera empecé a hacer presión para hundir mi dedo en su apretado ano.

—Quizá debí hacerlo, puta —le dije satisfecho al oído—. Pero te aseguré que hoy te desvirgó el anito.

—Lo siento, Daniel —me respondió—. Mi chiquitito ya no es virgen.

—¿Qué?! —exclamé—. ¡Mentira! —Le metí medio dedo en su ajustado orificio por mentirosa.

—¡Ayyyy!... Es verdad... Es verdad... ¡Ayyy!

—¿Quién?... ¡¿Quién?!

—¡Ramón!, mi padrastro... Ramón, lo siento, Daniel—confesó entre sollozos, no sé si de dolor o vergüenza—. Fue él, Ramón me rompió el culo en la cama de mi madre.

—¿Qué hiciste, Verónica? —le pregunté impactado.

Ella giró su cuerpo, alejándose de mí. Tomó la sabana y se la echó encima como si de repente tuviera frío; cogió un cojín, se lo puso en la espalda y me miró, de tan lejos que me parecieron kilómetros de distancia al borde de la cama donde se había acurrucado.

Irradiaba ternura en aquella pose. La luz exterior, aunque escasa, mantenía la habitación lo suficientemente iluminada para apreciar sus hermosos rasgos. El delicado brillo de sus ojos se convirtió en una corriente de luz que delicadamente se deslizó por su mejilla. Me atormentó lo afligida que estaba; sin embargo, el origen de ese sufrimiento seguía siendo un misterio. No soy estúpido, ya me imaginaba que había pasado en el segundo piso de la casa de su madre, pero no podía dilucidar si aquel dolor procedía de lo acontecido o de la culpa por lo que pudo haber sentido.

Volvió a fijar su vista en el vacío, esta vez en los rincones oscuros de nuestra habitación. Mi corazón bombeaba de angustia y ansiedad cuando Verónica comenzó a contarme la experiencia más turbia que se puedan imaginar.

—Cuando llegamos a la casa de mi madre yo aún estaba impactada, Daniel. Con todo lo que nos pasó, con todo lo que sentí... No sé si te diste cuenta, pero estaba choqueada, me sentía dentro de un nebuloso sueño —empezó diciendo. Su voz sonaba distante, como si tratara de excusarse



NO PARECÍA MI MUJER.  
EGOÍSTAMENTE ME APROVECHÉ  
Y EMPECÉ A HUNDIR MI DEDO  
EN SU APRETADO AÑO.

¿QUÉ HICISTE  
VERÓNICA?

¡AH!

SU VOZ SONABA DISTANTE,  
COMO SI TRATARA DE EXCUSARSE  
CON ELLA MISMA. NO CONMIGO.

ENTRÉ AL DORMITORIO  
DE MI MADRE.

ME ENCONTRÉ A RAMÓN  
OBSERVÁNDOME CON  
LOS OJOS MUY ABIERTOS.

con ella misma, no conmigo. Me extraño que hubiera ocupado la palabra “sueño” en vez de “pesadilla”—. Quería irme lo antes posible, necesitaba llegar a la seguridad de nuestra casa, así que subí las escaleras tan rápido como pude... ¡Dios!, lo siento, Daniel. Te juró que solo quería irme, nunca imaginé lo que iba a pasar.

En ese momento se abrazó a sus preciosas piernas y se apretó contra ellas, como si hubiera sufrido un inoportuno escalofrío.

—Entré al dormitorio de mi madre. Al principio no pude ver nada, esperé en la puerta mientras me acostumbraba un poco a la oscuridad, el ambiente estaba denso, caluroso. La luz del pasillo le dio de lleno en la cara a Ramón; estaba durmiendo tirado ahí en la cama de mamá, apenas cubierto con la sabana. Nunca me gustó verlo ahí, odiaba que lo sintiera como su espacio. Pero no quería despertarlo, así que junté la puerta, dejando apenas un rayo de luz sobre el muro. Me puse a buscar la mochila de Tomás. La encontré tirada junto a la cama, estaba abierta con varias cosas afuera, seguramente fue mi mamá cuando buscó su leche. Tomé todas sus cosas y las volví a meter; cuando cerré la mochila y levante la vista me encontré con los ojos de Ramón, muy abiertos y observándome.

En ese momento Verónica se volteó y me miró. Reparé en que la cara de expectación y asombro que yo mantenía mientras la contemplaba debía ser muy parecida a la expresión que vio en su padrastro.

—No estaba bien que me mirara así, Daniel. Él es el marido de mi madre, no el mío. —Con esas palabras me dejó más que claro qué había leído en el rostro del muy hijo de puta—. Me puse nerviosa... Se me ocurrió la estúpida idea de que él sabía lo que me había pasado; o que por lo menos intuía que otros hombres habían abusado de mí.

Hizo una pausa, como si quisiera darme tiempo para procesar lo que acababa de decir.


—Y de nuevo no sé qué pasó —continuó ensimismada—. No le dije nada, lo miré recorrer mi cuerpo con sus ojos deseosos y no le dije nada; sino que me quedé ahí parada, a medio metro del catre donde estaba tirado, luciendo mi precioso vestido para él.

—No, Verónica, no fue para él —la interrumpí apenas conteniendo mi desesperación—. Ese vestido te lo pusiste para mí y solo para mí.





"AL PRINCIPIO NO PUDE VER NADA, ESPERÉ EN LA PUERTA MIENTRAS ME ACOSTUMBRABA UN POCO A LA OSCURIDAD."



"BUSQUÉ LAS COSAS DE TOMÁS... Y DE PRONTO LO VI MIRÁNDOME..."

"NO LE DIJE NADA. ME QUEDÉ AHÍ PARADA. LUCIENDO MI PRECIOSO VESTIDO PARA ÉL."



—Tú no entiendes, Daniel. Debí tomar la mochila y salir corriendo..., pero no solo me quedé ahí —me dijo con un extraño brillo en sus ojos—. No sé en qué estaba pensando... Me di vuelta a buscar los peluches de Tomás sobre la cómoda; inmediatamente los encontré, pero esa sensación de rabia que tenía con el muy mirón me obligó a quedarme, haciendo como que buscaba algo más. Incluso me incliné para que me viera el culo parado hacia él.

—Pero, ¿por qué, mi amor?, ¿por qué hiciste eso? —le pregunté con delicadeza al verla de pronto tan afligida.

—Quería que me deseara como nunca, quería calentarlo a más no poder. Así luego me vería irme, dejándolo con todas esas ganas insatisfechas, ¡sabiendo que él nunca podría tenerme! —me dijo Verónica con rabia. Pero toda esa ira desapareció, dando lugar a un gesto de culpa que la dejó cabizbaja.

En ese silencio no pude evitar imaginármela, hermosísima como se veía esa noche, mostrándole a Ramón la exquisita pose que tanto atesoro en nuestros momentos íntimos: su cola respingona, intencionalmente parada y expuesta bajo su elegante espalda arqueada; con sus piernas juntas sobre aquellos tacos altos que seguramente resaltaban en forma sublime sus tonificadas piernas y su portentoso culo.

—Hasta se lo meneé, Daniel, agitándome mientras simulaba seguir buscando en la cómoda lo que ya había encontrado. Mis piernas rosaban el borde de la cama. Inclinada como estaba, me satisfacía pensar que el muy canalla estaba mirando bajo mi vestido, calentándose con mis ligas, quizá hasta alcanzando a ver como mis calzoncitos pasaban de cubrir mi intimidad a perderse entremedio de mi culo.

No dejaba de sorprenderme el cambio que experimentaba Verónica. Aún tenía esperanzas de que todo eso y todo lo que pasó en el restaurant no fuera más que un perverso juego. Así y todo, su forma de hablar... al referirse a su trasero como su culo, con esos tonos cargados de pasión disfrazada de ira... y los incómodos detalles en sus historias... mi antigua mujer se habría mostrado por lo menos incómoda al relatarlos. Sin embargo, ahí estaba, descargándose con total desinhibición.



ME DI VUELTA A BUSCAR  
LOS PELLUCHES DE TOMÁS.  
INCLUSO ME INCLINÉ PARA  
QUE ME VIERA EL CULO.

HASTA SE LO MENEÉ,  
DANIEL, AGITÁNDOME  
MIENTRAS SIMULABA  
SEGUIR BUSCANDO  
EN LA CÓMODA LO  
QUE YA HABÍA  
ENCONTRADO.

NOOOO!!!



QUERÍA QUE ME DESEARA  
COMO NUNCA

—Cuando me di vuelta, pensando que ya era suficiente, me quedé petrificada —dijo Verónica, y luego se levantó de la cama para quedar de pie, mirándome—. Estaba ahí, donde estás tú, así mismo, de lado, con su apestosa cabeza sobre la almohada. Había corrido la sabana y solo tenía una roñosa camiseta de dormir encima, apretada y enrollada hasta su ombligo. —Hizo una pequeña pausa, como buscando las o la palabra precisa—. ¡Tenía toda la pichula al aire! —soltó al fin—. Toda parada y brillando de humedad bajo su panza.

—¡El muy trolol! —exclamé. Quería gritar un par de groserías más, pero Verónica me detuvo al apartar de un tirón la sabana que me tapaba. Descubrió mi erecta verga que, revelándose ante las escasas dimensiones de mi slip, se asomaba fuera con la cabeza empapada de sudor preseminal.

—¡¿Qué clase de monstruo eres?! —me gritó. No supe que decir—. ¡Soy la hija de tu esposa!, ¡viejo verde!

Me quede helado. Comprendí que había pasado de contarme una historia a interpretarla, pero aun así no supe que hacer, aparte de no poder evitar calentarme como verraco.

—Así le grité, Daniel. Me dio tanta rabia verlo ahí, deseándome como un cerdo en celo, que no pude evitar enrostrárselo —me dijo más tranquila—. Bueno, en realidad no le grité, más bien le susurre un grito, no quería que ustedes escucharan, me daba miedo herir a mi madre..., ni me imaginó como se sentiría si supiera del degenerado que tiene por marido.

No pude evitar pensar que el viejo no tenía la culpa; la belleza de Verónica sacaría a cualquier hombre de sus casillas, y el pobre tipo había estado sentenciado por años a admirarla en su propia casa sin poder darse ningún gusto con su cuerpo. Comprenderán que no era el momento adecuado para ser abogado del diablo, así que me mantuve en silencio y la dejé seguir.

—Lo seguí recriminando, le dije que era un enfermo, un depravado, que él no era mi padre, pero tenía la edad para serlo... Que cómo se le ocurría mirarme como mujer si yo... ¡Ay!, que rabia tenía, Daniel. Y el muy maldito solo me miraba. De pronto se me ocurrió que solo le estaba dando más tiempo para devorarme con la mirada, así que lo mandé a la mierda, tomé las cosas de Tomás y me disponía a largarme..., cuando me habló.





CUANDO ME DIVUELTA...  
¡TENÍA TODA LA PICHULA AL  
AIRE!

¡EL MUY  
TROLO!



"LE DIJE QUE ERA UN ENFERMO,  
UN DEPRAVADO."



"TOMÉ LAS COSAS DE TOMÁS  
Y ME DISPONÍA A LARGARME...,  
CUANDO ME HABLÓ:"

¿VAS A DEJAR QUE TU  
MADRE PAGUE POR ESTO?

—Suspiró hondo, como calmando su ira antes de continuar—. Apenas fue un murmullo, pero en aquel silencio lo entendí perfectamente. Con su voz rasposa me susurró “¿Vas a dejar que tu madre pague por esto?”. Lo dijo de una forma tan vil que me asustó. Me quedé con la mano sobre la manilla de la puerta... No pude irme, no sin saber qué le haría a mi mamá.

Verónica me dirigió una mirada desafiante. Pensé que esperaba que la reprochara o que me mostrara molesto. Al fin entendí que no me miraba a mí, era la imagen de su padrastro, observándola amenazante desde suapestoso lecho, la que tenía frente a sí.

—¡Mi mamá no tiene nada que ver con tu insana calentura!, ¡viejo verde! —me susurró enérgicamente. Luego volvió a desfallecer de angustia—. El muy maricón me dijo que ya no le importaba nada, que estaba demasiado caliente y que cuando nosotros nos fuéramos ella pagaría los platos rotos, con ella se descargaría. Le respondí que eso me traía sin cuidado, que para eso ella era su mujer “y no yo”, le solté con veneno. El maldito se ríe y me dijo: “Puede ser, pero hoy no será como siempre, estoy hecho un loco de lo caliente que estoy. No importa cuánto supliqué, esta noche le abro el culo con esta” y se agarró la verga para mostrarme lo dura que la tenía.

Mientras me contaba su cuerpo gesticulaba como si rememorara todo lo sucedido; así que cuando me miró la ingle no pude aguantar el impulso de sacarme los slip, liberando mi miembro para dejarlo en las mismas condiciones de su homónimo ficticio. Ella se quedó mirándolo, lo hinché con una contracción para que se moviera.

—¿Así la tenía? —le pregunté—. ¿Así se la miraste, zorra?

No pareció molestarse con las preguntas, pero cuando la insulté podría jurar que se le escapó un gemido.

—Sí... sí, se la miré —me confesó—, y así me llamó, “zorra”. Dejé la mochila y las cosas en el suelo, me arrodille junto a la cama y traté de convencerlo de que no se desquitara con mamá, de que ella no tenía ninguna culpa. Seguro se dio cuenta de mi desesperación porque el muy maldito no hacía más que reírse de mis suplicas.

Verónica se inclinó junto a la cama y me rogó como si yo fuera él. Sentí indignación y excitación a partes iguales al imaginármela rogándole a

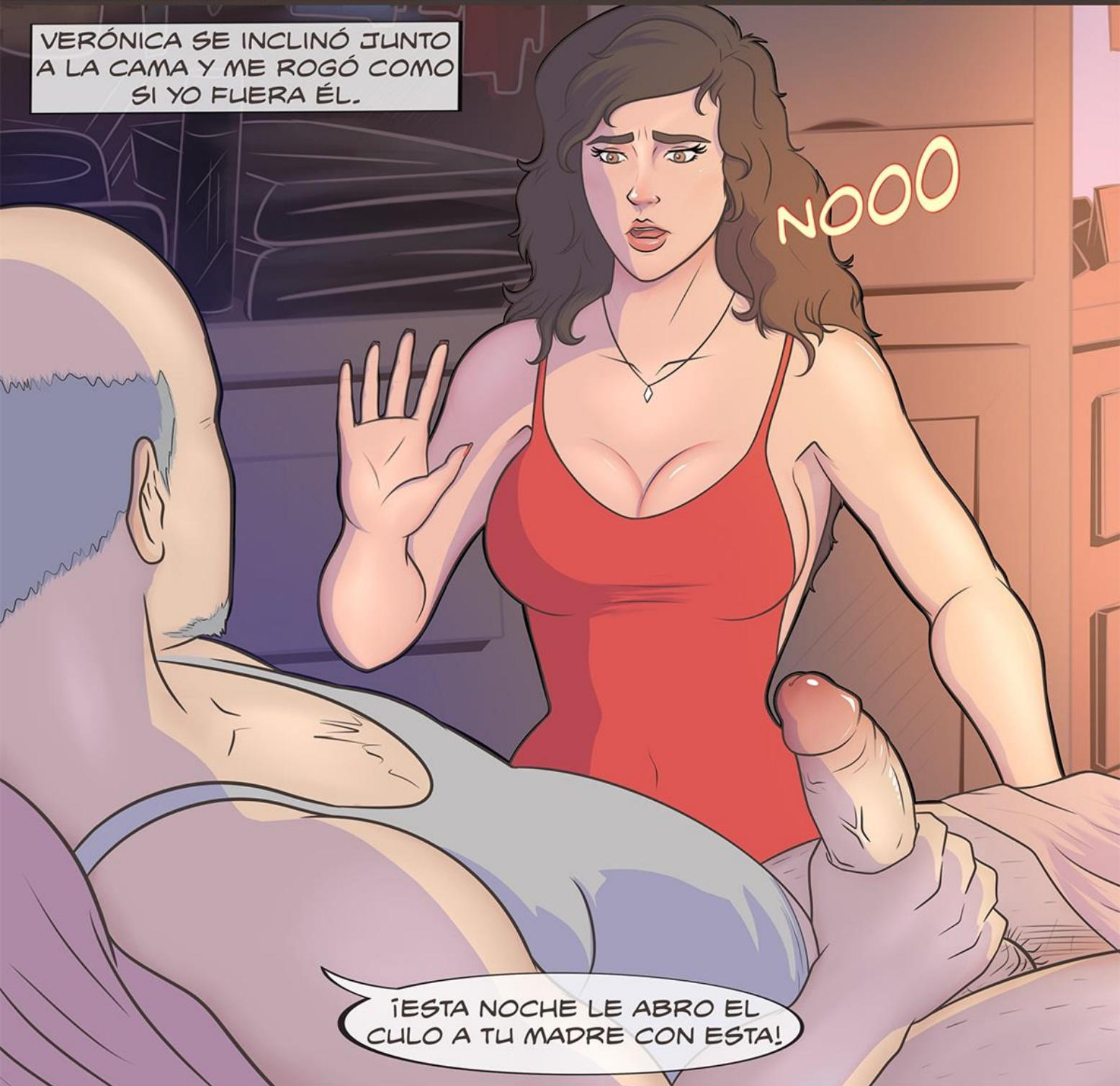




JEJEJE

¡MI MAMÁ NOTIENE NADA QUE VER CON ESTO!

"SE LA MIRÉ... Y ME LLAMÓ ZORRA."



VERÓNICA SE INCLINÓ JUNTO A LA CAMA Y ME ROGÓ COMO SI YO FUERA ÉL.

NOOO

¡ESTA NOCHE LE ABRO EL CULO A TU MADRE CON ESTA!

Ramón mientras este se pajeaba frente a ella. No aguanté y me agarré la verga, humillando las plegarias de aquella acongojada doliente.

—“Si tanto te preocupa, sálvala”, me dijo. ¿Qué dices?, ¿cómo?, le pregunté, aunque me imaginaba lo que quería en muy desgraciado. —Estaba ida, metida en su relato. Se agitaba incomoda, supe que estaba ardiendo—. “¡Chúpala!”, me exigió, “mézetela en la boca o tu mamá se la va a comer por el culo”. ¡No!, le dije: Le volví a decir que eso no era posible, que yo era una mujer casada y que él era el hombre de mi madre. Pero no le importó, solo se reía de mí, parecía que con cada suplica se calentaba más. “¡Chúpamela!, zorra”, me decía. ¡No!, cochino, cerdo.

Verónica movía la cabeza de lado a lado repitiendo su angustiada negativa, evitando a duras penas mirar la tranca que tenía delante.

—¿Se la chupaste?! —le solté sin poder contenerme. De pronto sentí que me llenaba de lasciva ira. Ella guardó silencio. Bajó la vista, avergonzada, temerosa. De pronto me miró a los ojos, su rostro reflejaba pena y culpa.

—Sí —dijo secamente, —se la chupé. No podía dejar a mamá a merced de su sucia calentura, decidí soportar el asco de su tula en mi boca antes que ella sufriera el martirio de la sodomía.

Me mantuvo la mirada, como estudiando mi estupefacción, quizá esperando que la callara, que la golpeará, o que la disculpara. No dije nada. Cuando pestañó una lágrima volvió a caer por su rostro. ¡Dios!, ¿es cierto todo esto?

—Si lo hago, ¿la dejarás en paz? —No era a mí a quién le hablaba, no fui yo quién le respondió.

—Lo prometo..., zorra.

Dirigió su rostro hacia mi verga. La tenía toda mojada por mi creciente excitación. Con su lengua, delicadamente alcanzó una gorda gota de fluido que brillaba en la cumbre. Por un momento un hilo de luz colgó entre sus labios y la punta de mi tranca. Vi cómo se relamió, indecisa ya sea por su sabor o por su viscosidad.

—Esta asquerosa —dijo en un tono que quería decir todo lo contrario.

—No te hagas la tonta. Te encanta el sabor a macho —le espeté.





SI TANTO TE PREOCUPA..., SÁLVALA

VERÓNICA MOVÍA LA CABEZA DE LADO A LADO REPITIENDO SU ANGSTIADA NEGATIVA, EVITANDO A DURAS PENAS MIRAR LA TRANCA QUE TENÍA DELANTE.



¡CHUPALA, ZORRA!

SI LO HAGO, ¿LA DEJARÁS EN PAZ?

LO PROMETO.



No dijo nada, pero no se me escapó el ligero empujón que sus caderas le dieron al borde del colchón cuando se acercó aún más; esta vez fueron sus labios los que recorrieron mi glande en una tierna y jugosa caricia, luego un beso más profundo, y luego otro, luego su lengua se escapó llegando aún más allá, luego el sonido de su boca chupeteando, luego el lascivo balanceo de su cuerpo, luego el lento vaivén de su cabeza al devorar apasionadamente mi pichula. ¡Dios!, muchas veces me la había chupado, pero nunca me la había devorado así. Bueno, quizá esa misma noche en el auto, pero no había podido verla como la veía en ese momento; ahora tenía una vista privilegiada del ejercicio bucal que estaba haciendo. Sus gestos irradiaban un mal disimulado asco cuando la soltaba, pero volvía a la carga con ímpetu y hambre.

—Mmmm... estaba asqueroso..., pero sabía que debía hacerlo bien..., mmm, para que el suplicio acabara pronto..., mmm, para dejarlo satisfecho... y seco..., mmm, para que no lastimara a mamá —me explicó como si leyera mi mente entre lamidas y tiernos gemidos—. Pero el muy hijo de puta se aprovechó de mi esfuerzo —dijo sacándoselo de la boca para mirarme—. Me ordenó que lo agarrara con mi mano para que lo pudiera pajar mientras lamia su cabezona punta. “Dame unos besitos cariñosos, zorrита”, me decía...; y yo lo obedecía, rodeaba su capullo con mis labios dándole húmedos besos. “Métetelo en la boca, mírame”. Y eso hice, miraba su cara de depravado cuando me agarró la cabeza y me la clavó hasta la garganta.

Era sublime la forma en que contaba aquellos detalles mientras los hacía realidad sobre mi verga. No tuve compasión, apoyé ambas manos en su nuca y empecé a propinarle salvajes embestidas a su boquita. Noté como se ahogaba; sin embargo, la muy puta en vez de reclamar me empezó a acariciar la pierna con una mano y el estómago con la otra. Me imaginé a Ramón gozando con el mismo tratamiento, viendo a mi hermosa mujer comiéndose estoicamente los brutales embistes de su tula, mientras trataba de congraciarse con él con suaves caricias sobre su peluda panza. Me llené de una deliciosa ira, de una pasional lujuria que no había sentido nunca.

—El sabor de su pichula era fuerte... mmm... y podía sentir el denso olor de sus bolas —siguió diciendo cuando le di un respiro. Luego clavó su



"ESTABA ASQUEROSO.../  
PERO SABÍA QUE DEBÍA  
HACERLO BIEN"



¡MÉTETELA EN LA BOCA!



"ME AGARRÓ LA CABEZA  
Y ME LA CLAVÓ HASTA  
LA GARGANTA."



"EL SABOR DE SU PICHULA  
ERA FUERTE... MMM... Y  
PODÍA SENTIR EL DENSO  
OLOR DE SUS BOLAS."



nariz en mis huevos e inhaló hondo. Nunca había hecho algo así, fue increíble sentir su fascinación por mis órganos genitales; su lengua parecía hambrienta y descontrolada cuando se dedicó a chupar mi bolsa de testículos—. Así se lo hice, Daniel... Se la chupé rico..., mmm..., para que terminara pronto.

Era obvio que estaba extasiada, trataba de dar explicaciones donde no había excusa posible.

—El muy troll me dijo que lo hacía rico, que se notaba que me gustaba la pichula..., mmm... También me dijo que el sabor especial que sentía era de mi madre, que me había visto cuando salimos esta noche, y que lo calenté tanto con mi vestido que le había dado un buen polvo a mi mamá..., mmm... “Así que trágate todo el sabor a choro de tu mami, ¡cerda calentona!”, me dijo con desprecio..., mmm... Aun así no pude dejar de comerle la tranca, Daniel. No sé qué me pasó, no tenía fuerzas para apartarme de ella..., mmm.

Verónica agarraba mi verga y la ordeñaba para conseguir que volviera a expulsar aquel fluido de placer; luego, entre disonantes gemidos y sabrosos chupetones, los absorbía y se los tragaba. Me dio la impresión de que disfrutaba asegurándose de que yo me diera cuenta de que no dejaba caer ni una sola gota del viscoso elixir. ¿Le habría hecho lo mismo a Ramón?

—Al muy canalla no le bastaron mis caricias..., mmm. Decidió humillarme más aún..., mmm; me pidió que le dijera que estaba rica... Yo no quería ceder, mantenía mi boca ocupada con su carne para no complacerlo..., mmm..., pero insistió. “Esta rica”, le dije al fin. “Esta rica ¿qué?”, siguió. “Esta rica tu pichula”, murmuré y me la volví a comer. Me tiró del pelo para que lo mirara. “Esta rica tu pichula, ¿qué?”...

Verónica se detuvo para mirarme. Su rostro se llenó de pena.

—Esta rica tu pichula, ¿qué? —le dije.

—Esta rica tu pichula..., Ramón. —Siguió con sus ojos tristes pegados en mí. Supe que había más.

—Esta rica tu pichula, ¿qué? —repetí.

Fueron segundos en los que parecía indecisa y enormemente afligida. Nunca me imaginé la insana petición que tan fuertemente se resistía a

"EL MUY TROLL ME DIJO QUE LO HACÍA RICO,  
QUE SE NOTABA QUE ME GUSTABA LA PICHULA"



"NO PUDE DEJAR DE COMERLE LA TRANCA."

DIME QUE  
ESTÁ RICA



ESTÁ RICA  
TU PICHULA

ESTÁ RICA TU  
PICHULA, ¿QUÉ?



¡NO!

complacer. De pronto, como movida por una fuerte indignación, se apartó de mí —y de mi verga— y volvió a pararse junto a la cama.

—¡No! ¡Eso nunca! —me gritó. Luego apaciguó su ánimo como reconociéndome—. Era demasiado, Daniel. No pude complacerlo en eso. Lo mande a la mierda y me iba a ir, pero empezó de nuevo a amenazarme. “Anda, cuando bajes dile a tu madre que la necesito urgente por favor”. Y de nuevo me hizo dudar. Me vio indecisa, tomó la sabana y la levantó como si fuera una capa de un vampiro. “Ven”, me dijo, “metete a la cama conmigo”.

Levanté la sabana como me imaginé que lo había hecho Ramón. Cabizbaja y sumisa, Verónica se acostó a mi lado. La abracé y cubrí nuestros cuerpos con la fina ropa de cama, capturándola en mi lecho, tal como seguramente la había atrapado su padrastro.

—Sentí repugnancia cuando me envolvió con la sabana... cuando sus gruesos brazos atraparon mi cuerpo... y asco cuando introdujo su lengua en mi boca y me beso como si yo fuera su mujer —empezó a murmurar Verónica. Su rostro estaba a unos centímetros de mí, así que noté claramente el brillo de sus ojos y su respiración agitada. Sentí el aroma a sexo que provenía de sus labios y no pude evitar imaginar que ese olor era de otro hombre. Me sorprendí al darme cuenta que la idea, si bien me provocaba un incómodo desprecio, me excitaba sobremanera. Sin pensarlo demasiado me acerqué y empecé a besarla apasionadamente. Al principio pareció resistirse, incluso selló sus labios deteniendo el ataque de mi lengua, pero no tardó en entregarse, dejando que nuestros fluidos se entremezclaran en aquel encharcado encuentro.


Verónica guió mi mano a sus pechos, dándome a entender como la había magreado el viejo.

—Me hizo daño, Daniel —me confesó luego de apartarse de mis besos—. Ramón me manoseo fuerte..., me apretó las tetas y restregó su verga contra mi cuerpo... Quería salir de ahí, pero tenía medio cuerpo sobre mí, y no dejaba de vaciar su saliva en mi boca... Ay... Me bajó el vestido para dejar mis pezones desnudos y lo subió para alcanzar la piel de mi cola..., de tu preciosa cola, Daniel.





¡NO!,  
¡ESO NUNCA!



"LO MANDE A LA MIERDA  
Y ME IBA A IR, PERO EMPEZÓ  
DE NUEVO A AMENAZARME."



VEN, METETE A  
LA CAMA CONMIGO

"NO PODÍA PERMITIR QUE  
LASTIMARA A MAMÁ..."



"SENTÍ REPUGNANCIA CUANDO ME ENVOLVIÓ CON LA SABANA..."



¡OH! ¡NO! ¡RAMÓN! ¡DÉJAME!



"NO PUDE EVITAR QUE ME CHUPARA LAS TETAS, MI AMOR; ME LAS COMIÓ TODAS MIENTRAS METÍA SUS ASQUEROSOS DEDOS EN MI VAGINA."



Conmigo se había acostado desnuda, el vestido debía estar tirado en el piso del baño. Sin embargo, no me costó hacerme la idea de cómo el muy hijo de puta se las había arreglado para tener a su alcance las partes más íntimas y deliciosas de mi mujer.

—¡No!, ¡Ramón!, ¡déjame!, le supliqué; pero no me hizo caso. ¡Suéltame, perro!, le decía, pero parecía enardecerse más con mis insultos y mis ruegos —me explicó Verónica, mientras yo disfrutaba de sus tenues intentos por liberarse de mi bestial magreo—. No pude evitar que me chupara las tetas, mi amor, me las comió todas mientras metía sus asquerosos dedos en mi vagina.

El relato me tenía en un éxtasis descontrolado. Cada detalle era como una instrucción, chupé sus tetas y metí mis dedos entre sus piernas, tenía la zorra totalmente encharcada y caliente.

Pretendí ser Ramón, enfocándome en el obsceno goce que habría sentido al tener a mi hermosa Verónica a su merced, para tocarla y abusar de todo su exuberante cuerpo. Y que además estaba acicalada para una noche de fiesta, perfumada y maquillada para verse más bella que nunca. No puedo explicar lo que sentí, era más que sucio deseo; hubiera dado cualquier cosa por enfundarme en el decrepito cuerpo de mi suegro postizo y descargar toda la perversión sexual que sentía sobre su exuberante hijastra.

—Le di la espalda como pude, para escapar de él. Pensé que sería más fácil si no tenía que mirar su vil rostro —me dijo Verónica. Luego se puso de lado, permitiéndome abrazarla desde atrás para quedar cucharita. Aparté su pelo y empecé a lamer su cuello, atrapé su cintura y recorrí sus piernas con desesperadas caricias. Le apreté el muslo y guie su posición para conseguir que parara la cola, luego me pegué a ella para restregarle la verga en sus preciosas nalgas.

—¡Viejo verde! ¡Puto miserable! —me decía. ¡Dios!, La amé como nunca—. Acaba con esto de una vez, ¡desgraciado hijo de puta!

La agarré del culo y la empuje más arriba, dejándola en la posición perfecta para penetrarla.

—Verónica..., ¿Ramón te la metió? —le pregunté.

—Sí.

"LE DI LA ESPALDA PARA ESCAPAR DE ÉL..."



VERÓNICA...,  
¿RAMÓN TE LA METIÓ?



SÍ



—¿Dejaste que te la metiera?! —Necesitaba escucharlo otra vez.

—Mi zorra ya tenía leche de otro hombre, Daniel... Pensé que era un buen castigo dejarle embetunada la pichula con semen de otra verga.

¿En qué clase de puta se había convertido mi mujer?

Me acerqué, posicioné la punta entre sus labios vaginales, me agarré de sus tetas y se la metí toda de un solo empujón.

—¡Ayyy! ¡No! —exclamó, pero no trató de zafarse, como si sus ruegos no tuvieran eco en las reacciones de su cuerpo—. ¡Sácamela! ¡Viejo canalla!... ¡Ay, Ramón! ¡Sácamela!

—¡Cállate!, ¡puta de mierda!, ¡siente la pichula que se come tu madre!  
—En un pequeño momento de lucidez pensé que me había pasado de la raya, pero ella siguió gimiendo e insultando a su padrastro. El choque de mi ingle y su cola liberaban húmedos sonidos, poniendo de manifiesto lo encharcado del insano coito.

Plaf, plaf, plaf, plaf, plaf, plaf...

—¡Ramón!, Daniel y mamá están abajo. ¡Detente, por favor!

Plaf, plaf, plaf, plaf, plaf, plaf...

—Pues ¡llámalos!, que vengan a ver cómo te la meto.

Plaf, plaf, plaf, plaf, plaf, plaf...

—¡Ay!, ¡ay!, ¡ay! Ramón, Ramón, ¡ay!, ¡ay!, ¡ay!

¿Era posible?, ¿Ramón había poseído a mi hermosa Verónica?

Plaf, plaf, plaf, plaf, plaf, plaf...

—¡Ay!, Ramón, qué rico... ¡Ay!, ¡ay! ¡Dale!, ¡dale!

Plaf, plaf, plaf, plaf, plaf, plaf...

De pronto sentí que no podía más, así que me detuve; no quería terminar, quería más de ese macabro y extraordinario placer.

Verónica siguió moviéndose, mucho más lento, pero continuaba guiando sus nalgas a mi ingle, clavándose mi verga, seguramente imaginándose que se lo hacía a Ramón, su padrastro.

—Ramón, oh Dios... Ramón —murmuraba exhausta.

—Putita hermosa..., zorra del carajo —respondía yo. Apenas podía contener la corrida al sentir como su charcoza vagina seguía engullendo delicadamente mi miembro. A momentos la detenía tomándola de la cintura, no quería acabar; pero apenas la soltaba volvía a comerme con su

¿EN QUÉ CLASE DE PUTA SE HABÍA CONVERTIDO MI MUJER?



¡RAMÓN!, DANIEL Y MAMA ESTÁN ABAJO. ¡DETENTE, POR FAVOR!

¡AYYY!, ¡NO!



RAMÓN, OH DIOS... RAMÓN

PUTA HERMOSA ZORRA DEL CARAJO

PLAP

elegante meneo.

—Detente, zorra hambrienta —tuve que decirle.

Descansé, con la verga aún erecta dentro de ella. Los dos respirábamos agitadamente. Mis manos recorrían su cuerpo, admiradas de su tibieza y suavidad. No podía salir del papel de Ramón, la acariciaba con el ímpetu de la primera vez y con el temor de que pudiera ser la última.

—Él no terminó ahí, Daniel —dijo Verónica, aún de espaldas hacia mí.

—¿A qué te refieres?

Se dio vuelta para mirarme.

—A qué Ramón es un bastardo degenerado..., pero resultó ser un macho extraordinario —me dijo seriamente.

Apenas creí lo que escuché, ¿acaso estaba criticándome?

No tuve tiempo a salir de mi estupor y responderle, pues de una patada tiro hacia atrás la sabana que aún cubría nuestras piernas y se echó delicadamente de espaldas.

—Me folló como tú lo hiciste..., incluso con más rabia todavía. Pero no le bastó con hacerlo mirándome la espalda. —Volvía a estar incomoda, afligida. Sacó la almohada que tenía bajo la cabeza y abrió exageradamente sus piernas en una obscena posé—. Me dio vuelta y me ordenó que abriera las piernas, que me ofreciera para él. No podía negarme, Daniel... No pude negarme.

Su mirada decía más que sus palabras. Comprendí que había accedido no por temor al daño que el muy desgraciado pudiera hacerle a su madre, sino por deseo, por el insano placer de seguir siendo poseída por Ramón.

—¿Dejaste que se montara sobre ti?

—Sí —dijo desolada—. Lo necesitaba. Tenía las tetas al aire y mi vestido en la cintura, sonaron los resortes del colchón cuando se arrodillo sobre la cama para admirarme. Luego apartó mi húmedo calzoncito y dejó caer su pesado cuerpo sobre mí.

Verónica miraba al techo cuando apoyó sus codos en la cama y dejó sus palmas extendidas hacia arriba como si sujetara el peludo pecho de Ramón sobre ella. También acarició con sus piernas el ficticio cuerpo que acababa de penetrarla.





"ME DIO VUELTA Y ME ORDENÓ QUE ABRIERA LAS PIERNAS, QUE ME OFRECIERA PARA ÉL..."

"LUEGO DEJÓ CAER SU PESADO CUERPO SOBRE MÍ."



¡SÁCAMELA!  
RAMÓN  
¡SÁCAMELA!

SOLO FUI TESTIGO EN DIFERIDO DE AQUEL INSANO ACTO. DEL CRIMEN MÁS GOZOSO DE ÉL, Y DE LA VIOLACIÓN MÁS PLACENTERA DE ELLA.

—Sentí su dura tranca abrirse camino entre mis piernas... Y esta vez pude ver su apestoso rostro satisfecho cuando su carne invadió la mía. —Cerró los ojos, seguramente para imaginar su historia... ¡Diablos!, quizá para visualizar el recuerdo—. Me atrapó en un abrazo de oso y volvió a besarme asquerosamente, su lengua y su pico me penetraban con inusitada armonía.

La boca de Verónica se abrió y se agitó, como tratando de alcanzar la humedad de otros labios.

—¡Ay!, Ramón, maldito. ¡Ay!, sácamela.

Aún me sentía al borde de la eyaculación. Me agarré la verga en una reacción instintiva. Estaba viendo a mi mujer ser poseída por otro hombre, por su padrastro. Aquel tipo detestable que nos desagradaba a ambos estaba sobre Verónica, poseyéndola, gozándola, y yo era testigo en diferido de aquel insano acto de traicionera lujuria. Hubiera querido tirarme encima y penetrarla, pero algo me decía que no hubiera sido bien recibido; ese era el momento de ellos, el crimen más gozoso de él, la violación más placentera de ella.

—¡Déjame! Esto no está bien, Ramón... ¡Ay!, no puedo, mi Daniel..., mi Daniel... ¡Ay!, mmm... No le digas así, soy su mujer..., solo de él, ¡ay!... ¡Sácamela!, Ramón. ¡Sácamela!... ¡Ay!, ¡ay!, ¡ay!

Casi podía ver el fantasma de Ramón sobre el cuerpo convulsionado de Verónica. Ni siquiera me di cuenta cuando empecé a pajearme, pero fui plenamente consciente del momento en que mi hermosa mujer llevó sus manos a su entrepierna.

—¡No!, ¡Ay!... Qué rico..., Ramón, ay, está ricooo... ¡Ay!, no pares, ¡no pares!... ¡Mentira!, mi madre no gime así... ¡Ay!, ¡ay!, ¡ay!... Viejo verde... Viejo verde, no pares... ¡Dale! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!... ¡No!, no salgas, ¡no salgas!, Ramóóóón.

De pronto abrió los ojos, junto sus piernas y se dio vuelta bruscamente, quedando de boca sobre la cama. Miró al fantasma de Ramón a sus espaldas y se dirigió a él con cara de espanto.

—¡No!, por favor, ¡no!, por ahí no —suplicó. Supe qué pasaría luego y esta vez no fui capaz de contenerme, me arrodillé tras ella justo en el lugar adonde dirigía sus lamentos.





¡No! ¡Por ahí no!



—¡Cállate, puta! —le espeté con malicia—. Es el tuyo o el de tu madre.  
—¡Nunca me lo han hecho por ahí! ¡Por favor!

No le hice caso, agarré una almohada y la puse bajo su abdomen, obligándola a parar el culo. Sentía mis bolas a reventar, sabía que todo eso me traía al límite de mi aguante, pero me concentré, respiré hondo y separé las nalgas de Verónica que agitaba la cola como buscando evadir el puñal de carne que la amenazaba.

—¡Quédate tranquila! —le grité y le planté tremendo palmazo en el culo—. Estate quieta o le parto el ano a tu mamá —le dije con el tono más siniestro que pude.

Se quedó inmóvil y aterrorizada. Empezó a llorar, pero estaba tan caliente que no me importó. Miré su culito, el encuentro de sus nalgas era pura piel, nada de vellos, y su diminuta cavidad anal apenas se alcanzaba a notar en la penumbra. Un poco más abajo, su tierna rajita brillaba de humedad. Delicadamente rescaté los fluidos que le sobraban a su conchita y los llevé hasta su ajustada entrada posterior. Sentí su estremecimiento cuando unté mi dedo pulgar para lubricar el pequeño orificio y la escuché gemir de dolor cuando se lo metí hasta la primera falange. Recordé que el mesero del restaurante había alcanzado a jugar con su culito antes de que yo llegara a buscarla, o por lo menos eso me había contado.

Estaba ansioso, deseaba encularla con locura, pero ella nunca se había dejado. Estábamos en el límite de lo que nunca había permitido. Me preguntaba hasta dónde estaría dispuesta a llegar con todo eso. Decidí que si ella no me detenía aprovecharía la oportunidad. Sin mediar consecuencias llevé la punta de mi pene y la apoyé ahí donde nunca se habían encontrado nuestros cuerpos.

—¡No!..., ¡no! —balbuceaba. Yo no podía dejar de mirar el contacto entre su ano y la punta de mi glande.

—Ramón, no..., por favor, no.

Pero ya era tarde, estaba dejando caer mi cuerpo sobre el de ella, ensartando milímetro a milímetro mi hinchada verga en su culito.

—Aaahhhrrrrggggg —trató de reprimir su agonía—. ¡No!, no, cuidado..., cuidado..., no, no, hasta ahí..., hasta ahí. —Yo seguía concentrado en como la apretada argolla de su ano apenas dejaba entrar a



RAMÓN, NO...!,  
POR FAVOR, NO..

AAAAH!!

PERO YA ERA TARDE, ESTABA ENSARTANDO MILÍMETRO  
A MILÍMETRO MI HINCHADA VERGA EN SU CULITO.



¡NO!, NO,  
CUIDADO

NO, NO,  
HASTA AHÍ...!,  
HASTA AHÍ..

NO LE HICE CASO. TODA MI TRANCA  
QUEDÓ HUNDIDA ENTRE SUS NALGAS.

pequeños tirones mi dura tranca. Nunca había enculado a nadie, no sabía lo sabroso que era sentir la falta de lubricación durante la forzosa dilatación del recto de una indefensa mujer.

Cuando seguí el apagado sonido de sus lamentos, me extasié al encontrar a Verónica mordiendo fuertemente la almohada. No aguanté más, quería ver la expresión de su rostro cuando llegara a exigirle el máximo sacrificio, así que dejé caer todo mi peso sobre ella. Apretó fuertemente los ojos y se escuchó un ahogado grito desde su garganta cuando toda mi tranca quedó hundida entre sus nalgas.

Era espectacular la sensación de tener mi verga metida entera dentro de su culo. Toda la rabia de esa noche pareció concentrarse en las contracciones que hinchaban mi tronco dentro de su carne. La abracé con fuerza, embelesado por la convicción de que por fin era completamente mía, absorto por la idea de haberla poseído sin límite alguno. Pero mi trance se vio truncado bruscamente.

—Ramón..., me duele..., por favor, me duele, sácamela, Ramón —la escuché suplicar lastimeramente. Su rostro irradiaba dolor y aun así seguía prisionera de su fantasía. Me dio rabia, quería que me viera a mí, no al mal parido de su padrastro. ¡Yo la tenía toda metida en su culo!, ¡no él!

—Soy yo, Verónica; Daniel, tu marido. Yo te acabo de desvirgar por atrás, ¡no él!

—No, Daniel, ya te lo dije... él fue el primero. —Y paró la cola, desafiándome.

La odié por quitarme el honor que me correspondía por derecho: el desvirgamiento de su ano. Así que no la decepcioné, empecé a embestirla suavemente, disfrutando del sufrimiento entremezclado con placer que irradiaba su rostro.

—¡Ay!, me duele..., me duele, ¡ay!..., ¡no!..., Ramón, ¡no!

Pensé que si quería que fuera Ramón lo sería. La penetré más intensamente, buscando lastimarla, consiguiendo avivar mi lujuria con su dolor. La abracé aún más fuerte, inmovilizándola, y le propiné profundas puñaladas, abriendo su carne con toda la lasciva ira que la insana fantasía potenciaba.



CUANDO SEGUÍ EL APAGADO SONIDO DE SUS LAMENTOS, ME EXTASIÉ AL ENCONTRAR A VERÓNICA MORDIENDO LA ALMOHADA.

RAMÓN, ME DUELE

SOY YO, DANIEL, Y TE ACABO DE DESVIRGAR POR ATRÁS.

NO, DANIEL... LO SIENTO. ÉL FUE EL PRIMERO.

ODIÉ A RAMÓN...



—¡Ay! ¡Ayyyyy!, ¡Aaaaaah!... Está... rica... tu... pichulaaaaa —No esperaba que cambiara de opinión tan rápido. Me lamenté un segundo hasta que repitió: —¡Está rica tu pichula!..., ¡Ramón! —Y caí en la cuenta de que no estaba haciéndose parte del placer, sino que estaba cediendo a la cruel tortura.

Claro, al tenerla en agonía, seguramente Ramón había vuelto a presionarla, urgiéndola otra vez con aquella misteriosa petición. No pude resistirme, quería saber. Me detuve, manteniendo mi palpitante verga medio clavada en sus entrañas.

—Dilo otra vez —le dije con tono amenazante.

—Está... rica tu pichula..., Ramón.

Me erguí sobre ella, agarré fuertemente sus caderas y repetí:

—¡Dilo!

—Tu pichula, Ramón, me gusta..., esta rica —dijo entre sollozos.

No tuve piedad, en un violento movimiento traje sus caderas hacia mí y llevé mi cuerpo a chocar contra el suyo, enculándola cruelmente.

—¡¡¡Aaaaahh!!! —soltó un agudo alarido de dolor.

—Esta rica tu pichula, ¿qué?! —le insistí, manteniendo mi vigorosa verga en lo más profundo de su cuerpo.

Esta vez la pensó un poco más, pero no cedió.

—Esta... ay... ay... rica... tu pichula... ay..., Ramón.

Volví a empellarle el culo con bestialidad, esta vez dos, tres, cuatro veces.

—¡¡¡Aaaahhhh!!! Mmmm ¡¡¡Aaaaah!!! Mmmm ¡¡¡Aaaaaargh!!!

—Anda, Verónica, dímelo, puta preciosa..., dímelo de una vez— mascullé en su oído.

Sentí remordimiento al verla con sus ojos apretados de dolor, gimiendo y gritando de angustia y sufrimiento, pero continúe. Sabía que en cualquier momento ella podía salir de todo eso; tan solo debía llamarme por mi nombre y pedirme que me detuviera, pero no lo hacía; seguía agonizando bajo mis embestidas, fiel a su historia que, ficticia o no, la mantenía en aquel infame suplicio.

—¡Viejo verde!... Insano maldito. Te gusta culiarme, ¿verdad?... ¡Puto!... ¡Aaaargh!... ¡Puto!... ¡Aaaargh!... ¡Puto!... ¡Puto!... ¡Puto! —me soltó



SI QUERÍA QUE FUERA RAMÓN, LO SERÍA

AAAHHH!!!

LA PENETRÉ MÁS FUERTE, BUSCANDO LASTIMARLA.

AAAHH!!

AAAHH!!

AAAHH!!

¡ESTA RICA TU PICHULA, RAMÓN!

ESTA RICA TU PICHULA, ¿QUÉ?!

AAAHH!!

¿AAAHH?

www.milf.com



en medio de su martirio. Esta vez se volvió a mirar mi violenta acometida. Admiré su determinación cuando llevó sus caderas al contraataque, haciéndolas chocar contra mis furiosos embistes. ¡Dios!, que mujer tan valiente, pensé.

Pero su resistencia mermó, doblegando su cuerpo ante la constante arremetida de mi ira.

—Dímelo, Verónica. Sé que se lo acabaste diciendo a él. Dímelo, ayúdame a terminar y todo este tormento acabara —le rogué, compadecido ya de ella.

—Esta... ¡aah!... rica tu... ¡aargh!... tu pichula... ¡ayyyy!... ¡¡¡PAPÁ!!!

Me quedé congelado, clavado en su portentoso pero sometido culo. ¿Qué perversión era aquella?, ¿podía llegar Ramón a ser tan maldito? Pesé a mi estupor, comprendí el origen de aquellos infames deseos. Verónica era su hijastra, ella nunca lo había considerado un padre, solo el compañero de su madre, y jamás lo habría llamado papá. El muy hijo de puta gozaría increíblemente al someterla y obligarla a llamarlo así.

—¡Ay!..., papito..., me duele, papito..., ay...

Me inundé de culpa y empecé a separarme de su cuerpo lentamente, temeroso de seguir haciéndole daño.

—¡No! —me dijo, apenas se dio cuenta que pretendía sacársela—. Ramón no tuvo piedad, Daniel. Y yo no podía dejar que le hiciera lo mismo a mi mamita. —De pronto sus lágrimas dejaron traslucir aquel brillo de lujuria que tanto poder había adquirido esa noche. Al darme cuenta de la calentura que provocaba en Verónica imaginar que su padrastro la violaba, mi propio morbo explotó en un arranque descontrolado de perversión animal.

Volví a atacar su cuerpo sin piedad, taladrando su ano sin misericordia.

—¡¡¡Aaaargh!!! ¡Aaaayyyyy!... ¡Papi!... ¡¡¡Me duele, papi!!! —Sus gritos ya no me engañaban, distinguía claramente los acordes de lujuria que despedían—. ¡Me partes el culo, papá!... ¡Aaaah!... ¡Aaaah!... ¡No! ¡Por favor..., me duele el anito, papito!... ¡Ayyy! ¡Aaaah!

DÍMELO, ZORRA

ESTÁ RICA...

AAAHH!!

...TU PICHULA...

AAAHH!!

AAAHH!!

AAAHH!!!

...¡¡PAPÁ!!

¡¡AAAHH!!!

¿QUÉ PERVERSIÓN ERA AQUELLA?,  
¿PODÍA LLEGAR RAMÓN A SER TAN MALDITO?



Sus caderas volvieron a buscar el enclavamiento con inusitado entusiasmo, nuestros cuerpos chocaban como enfrentados en un frenético y violento combate.

—¡Dale! ¡Dale!, párteme, ¡párteme!.. ¡Qué rica tu pichula, papito Ramón!

No aguante más. Sentí un calambre que se sintió como un latigazo estremecedor por toda mi espalda cuando los músculos se contrajeron para expulsar el primer chorro de semen de mi eyaculación. No pude contener fuertes gemidos de placer al ser víctima de las rítmicas convulsiones de mi cuerpo mientras descargaba una tremenda carga de leche en las entrañas de mi mujer.

Caí desfallecido sobre Verónica, nunca en mi vida había tenido un orgasmo tan intenso. Apenas podía respirar. Cuando volví en mí, sentí la tibia y caldeada piel de mi hermosa mujer. Resollaba agitada bajo mi cuerpo, comprendí que ella también se había corrido. Pensé que era extraordinario que tuviera la capacidad de llegar al climax del placer siendo penetrada por detrás. Luego sentí miedo, ¿quién habría satisfecho realmente su lujuria?, ¿yo o el Ramón imaginario?

Angustiado por aquella morbosa duda me aparté de ella; pude sentir como mi pene ya más flácido salía de su culo, fue delicioso cuando mi glande aún hinchado dilató el anillo de su ano por última vez, arrancándole un pequeño gemido de dolor a mi querida Verónica.

Nunca había sido víctima de sentimientos tan contradictorios. Por un lado, estaba extasiado por el nuevo nivel de placer que habíamos alcanzado esa noche. Era algo que nunca habíamos experimentado. Me sentía como un deportista que rompe por lejos su marca personal, orgulloso y entusiasta con lo que podría lograr a futuro. Por otro lado, me angustiaba en extremo el peligroso juego que nos había llevado a eso. Ni siquiera me afligía el juego en sí, sino la incertidumbre, la duda de si esas macabras historias habían sucedido en realidad o no. Según el relato de Verónica, tres hombres—aparte de mí— habían mantenido relaciones sexuales con ella esa noche. Eso sin contar al afortunado idiota que dejé que la tocara cuando estaba ido por el relato de lo que le había sucedido en el restaurante. No

podía asimilar lo que todo eso conllevaba. ¿Sería capaz Verónica? ¿Qué tanto conocía a mi mujer?

La miré, buscando las respuestas a estas preguntas en las preciosas curvas de su cuerpo. Se acomodó, dolorida, y se tapó con la sabana.

—Lo siento —murmuré—. No debí dejarme llevar...

—No te preocupes, Daniel —me interrumpió—. Tú no me hiciste daño.

—No entiendo.

—Fue Ramón —me soltó sin siquiera mirarme—. La tiene más grande.



¡DALE!  
¡PÁRTEME, PAPI!

AARGH!!



LO SIENTO



CAÍ DESFALLECIDO SOBRE  
VERÓNICA, NUNCA HABÍA TENIDO UN  
ORGASMO TAN INTENSO.

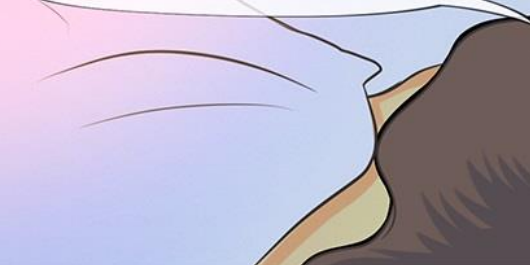


NO TE PREOCUPES, DANIEL.  
TÚ NO ME HICISTE DAÑO.

NO ENTIENDO



FUE RAMÓN.  
LA TIENE MÁS GRANDE.



CONTINUARÁ...